

## DE MÚSICA

### DIRECTORES, INSTRUMENTOS, JAZZ

Definitivamente la directiva de la Orquesta Filarmónica de la UNAM tuvo un acierto al invitar a Eduardo Diazmuñoz a dirigir dos pares de conciertos con el conjunto universitario. En la segunda serie de dichos conciertos, Diazmuñoz reafirmó lo que había demostrado en la primera, y sacó algunos otros aciertos en su técnica de dirección. Su batuta tuvo la necesaria y suficiente angulosidad para extraer de la orquesta los pulsos que subyacen la partitura de *Redes*, de Revueltas, y la suficiente medida para conceder al Zvi Zeitlin el espacio sonoro adecuado para su interpretación del *Concierto No. 2* para violín y orquesta de Prokofieff. Menciono estas obras sólo brevemente para dedicar un poco más de extensión a lo que sin duda resultó lo mejor de este programa: la interpretación que Diazmuñoz hizo de la *Cuarta sinfonía* de Johannes Brahms. Muchas veces he dicho (y lo sostengo en estas circunstancias) que existe una tendencia en nuestro medio a la repetición constante de ciertas obras en los programas sinfónicos; esta *Cuarta sinfonía* de Brahms es una de ellas. Por ello, uno suele acudir a oír estas piezas *consagradas* del repertorio con cierta precaución, cuando no con franca resignación. Es por ello que de pronto resulta una sorpresa escuchar una interpretación como la que ahora comento. Lo insólito no resultó de que se hayan logrado gloriosas sonoridades a la cultura de un conjunto americano o europeo; sería falso afirmar que tal cosa sucedió. Lo que constituyó la sorpresa, hasta cierto punto, fue encontrarnos con una versión que, a diferencia de la mayoría de las otras que hemos escuchado recientemente, se distinguió principalmente por la gran precisión de los ataques del director y la buena dosis de disciplina con que la orquesta los ejecutó. Y me atrevo a decir que esto es infrecuente porque en

algunas de las versiones que he escuchado en los últimos meses me ha parecido que los directores han borrado (o dejado borrar) los límites y las fronteras de la música de Brahms, dando origen a versiones carentes de matices. En resumen, Eduardo Diazmuñoz demostró que sí es posible para el público escuchar una obra trillada bajo una luz un poco diferente. Ojalá que Diazmuñoz y su segura batuta regresen pronto a México.

Siguiendo con la Filarmónica de la UNAM quisiera mencionar un asunto al que también le he dedicado atención en otras ocasiones. En el fin de semana que siguió al segundo programa dirigido por Eduardo Diazmuñoz, la OFUNAM tuvo como director huésped a Laszlo Rooth. Si bien resultó hasta cierto punto una novedad el hecho de que en el programa estuvieran incluidas las *Variaciones sobre un tema de Mozart*, de Max Reger (autor prácticamente desconocido en nuestro medio), lo verdaderamente insólito resultó que la parte concertante del programa no es-

tuvo a cargo de un violín ni de un piano. Ni siquiera de un violoncello o una flauta. No. Laszlo Rooth programó el *Concierto para trompeta* de Johann Nepomuk Hummel, obra que fue interpretada por Wayne Baughman, que actualmente ocupa el primer atril de la sección de trompetas de la OFUNAM. Me refiero a este hecho como algo fuera de serie porque, a riesgo de ser repetitivo, no puedo dejar de mencionar algo que en mi opinión es una de las grandes fallas de la programación musical en México: los responsables de nuestros programas sinfónicos insisten en hacer de cuenta que no hay más instrumentos solistas que el violín y el piano, en detrimento del público, del repertorio y de los propios instrumentistas. Es por eso que recuerdo con particular interés un concierto que tuvo lugar hace ya muchos meses, en el que Jorge Velazco dirigió a la entonces Academia de Música del Palacio de Minería y en el que fueron interpretados conciertos para trompeta, trombón, oboe, corno y fagot, cosa inaudita en una sala de conciertos de estas latitudes. En fin, para no alejarme demasiado del caso concreto que me ocupa, diré que la interpretación de Baughman al concierto de Hummel fue muy coherente, sin alardes de poder neumático pero con la suficiente claridad y equilibrio para lograr una versión sólida de la obra. En esta ocasión, los aplausos que el solista recibió de parte de la orquesta fueron merecidos, y no simplemente protocolarios.

En la misma semana en que Wayne Baughman interpretó a Hummel, la Orquesta Sinfónica Nacional ofreció un programa que también ofrece oportunidad para hacer un comentario sobre nuestras programaciones sinfónicas. Bajo la batuta de James Paul, director huésped, la OSN interpretó las danzas sinfónicas de *West Side Story*, de Leonard Bernstein, y cuatro obras de Gershwin: dos arias de *Porgy and Bess*, *Concierto en Fa* para piano y *Un americano en París*. Durante el concierto, fue obvio que la Sinfónica Nacional tocó con más ganas que de costumbre, y el público que asistió a él se divirtió bastante. Lo que quisiera destacar es el hecho de que toda la música de este programa, de una forma u otra, está relacionada con otros medios distintos de la música estrictamente de concierto: *West Side Story* nació y vivió en Broadway y en Hollywood. *Porgy and Bess* es

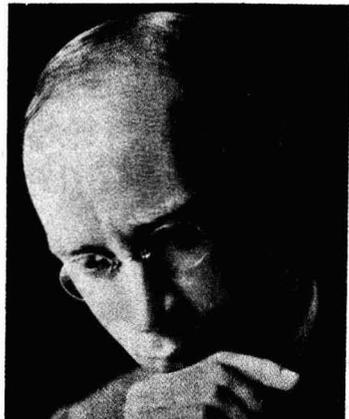


Silvestre Revueltas

# RESEÑAS



Leonard Bernstein



Serge Prokofiev



Orquesta Filarmónica de la Universidad

una ópera urbana similar a un filme del *cinéma noir*, *Un americano en París* se convirtió en una película bastante desafortunada, y el *Concierto en Fa* ha pasado a ser parte del repertorio coreográfico de la compañía de danza de Alvin Ailey. Si menciono todo esto es porque a nuestras orquestas casi nunca se les ocurre recurrir a otros medios para dar un poco de variedad a sus programaciones. Cuando hablo de *otros medios* me refiero a la música de teatro, de comedia musical, a la música cinematográfica, a la música contemporánea compuesta para danza y, en fin, a tantas otras posibles fuentes de buena música sinfónica que en México están prácticamente olvidadas. Para los escépticos que piensen que esta no sería una muy buena idea, quisiera recordar que hace un par de años la Filarmónica de la UNAM interpretó un programa con música de comedias musicales cantada por los Hermanos Zavala, y la Sala Nezahualcóyotl registró un lleno impresionante, de esos que la OFUNAM no suele producir con frecuencia.

Y como muestra de que la idea funciona también en otras partes, paso al caso el siguiente dato: hace unas semanas, allá en el estado de Texas, la Orquesta Sinfónica de Houston ofreció un concierto con música cinematográfica de diverso origen. El programa incluía la música de Shostakovich para *Hamlet*, la música de John Corigliano para la película *Altered States* de Ken Russell, y la música de John Williams para *Star Wars* y *Close Encounters*. Ahora bien, esto no quiere decir que *cualquier* música teatral o cinematográfica se convertiría en un éxito al ser interpretada en un concierto; haría falta un buen criterio de selección para no dejarse deslumbrar por nombres y reputaciones, cosa que puede producir decepciones graves. Por ejemplo, actualmente se están exhibiendo en los Estados Unidos dos películas que han tenido bastante éxito: *Supermán II* y *Outland*; por una parte, la música de Supermán II ya no es original de John Williams, sino que ha sido realizada por otro compositor sobre los temas originales de aquél, y la

partitura resulta finalmente tan mediocre como el propio film. Por otro lado, la música de *Outland*, original de Jerry Goldsmith, es de primerísima calidad, y sigue la misma línea que la muy efectiva partitura que el autor compuso para *Alien*. Así, pues, las posibilidades son múltiples, y la última que voy a mencionar es una que quizá también sería efectiva en cuanto a su éxito de público: formar programas sinfónicos con una selección de la música *clásica* que se ha utilizado en el cine.

Finalmente, quisiera dejar constancia del paso de Lionel Hampton y su conjunto por la Sala Nezahualcóyotl. Independientemente del hecho de que se diga que el corazón del jazz es la improvisación y la libertad del *jam session*, también es cierto que un espectáculo de jazz puede basar su efectividad en la organización y la planeación: una secuencia de piezas perfectamente establecida, músicos con partituras, etc. Quizá para los puristas esto resulte anatema; sin embargo, en el espectáculo de Lionel Hampton fue bastante efectivo. El propio Hampton participó de lleno en la comedia, apartándose en ocasiones de su vibráfono para atacar la batería y el piano, para cantar, para bailar su muy personal versión del *shuffle*, para bajar a besar niños y ensayar pasos con las muchachas y, en fin, para darle ambiente a su música, música que, por otra parte, ofreció momentos jazzísticos muy buenos que no fueron opacados ni por la luz estroboscópica ni por las baterías transparentes iluminadas por dentro con foquitos rojos y amarillos. Durante la sesión de jazz de Lionel Hampton, vi y oí por primera vez un instrumento verdaderamente genial: una trompeta de dos pabellones que si bien funcionan con la misma columna de aire, pueden ser modificados por separado según las necesidades del intérprete. Así, hubo pasajes en que el trompetista tocó con los dos pabellones abiertos y otros en los que puso sendas sordinas en cada pabellón. Pero lo verdaderamente llamativo fue cuando el trompetista tocó con un pabellón abierto y el otro con sordina, logrando una combinación sonora impactante. No cabe duda de que todos los días se puede aprender algo nuevo en esto de los instrumentos musicales.

Juan Arturo Brennan